

La muerte quizá no sea más que un grito áspero

La muerte quizá no sea más que un grito áspero
en la garganta de un hombre.

Una fuente seca por donde el agua no discurre,
un sarmiento amarillo al borde de una tapia,
donde el polvo es polvo y la lluvia arcilla roja.

He aquí que damos demasiada importancia
a un hecho intrascendente.

Un hombre caído de bruces sobre sus harapos
o un perro pudriéndose al sol sobre la tierra.

El mismo olor despiden.

La Muerte es una voz que no sigue las márgenes del río,
un aire que no se puede coger entre las manos,
una raíz honda cuando la copa del árbol es otra raíz.

Un hombre muerto, un perro muerto, una herida
en las hojas más verdes de la encina.

Una palabra áspera, un zumo ácido, unos ojos que lloran,
un manto negro que cubre los huesos.

Una mujer erguida sobre las aguas de ese río que no mana,
erguida, alta, fría como una cruz de nácar.

¿La Muerte? Quizá no sea nada,
ni siquiera una mujer, ni siquiera una palabra.

Un puñado de arena en la mano cerrada,
la sal que por los huesos se adivina.

Existe y quizá no sea nada
y es.

Como ese perro alargado en la tierra.